

cuero crudo y reforzados con cinchos de fierro.

“En el cuartel de San Pedro se hizo un acopio de capellinas ó piezas de bronce, que se recogieron de las haciendas de plata de los españoles para hacer piezas de artillería, lo que se puso en obra inmediatamente. Estando en el arreglo de muchos negocios que habia que arreglar en Guanajuato, una noche dieron la noticia que el General Calleja amenazaba entrar por el mineral de Valenciana (aunque esto fué un pretesto para echar fuera al ejército como despues lo supimos). Inmediatamente se puso en movimiento el ejército y como la noche estaba oscura, dió orden el Sr. Cura para que se iluminara la ciudad y con la luz prestara la comodidad necesaria para el movimiento de la tropa y se evitaran los desórdenes que con la oscuridad cometieran los soldados; dispuso tambien que una parte de la fuerza saliera por Valenciana y otra por Mellado: caminamos lo más de la noche, camino de Dolores; llegamos á esta poblacion en la mañana; pasamos el dia y al siguiente caminamos para San Felipe.

“Cuando el Sr. Cura salió de Dolores para Guanajuato, el 16 de Setiembre, hizo su viaje por San Miguel, Chamacuero, Celaya, Salamanca, etc. y de todos estos puntos que fué tocando se le iba reuniendo mucha gente y ésta iba armada con poca diferencia como la dolorense; por cuyo motivo se resolvió el Sr. Cura á salir al encuentro de Calleja y atacarlo. El dia que salimos de Dolores para San Felipe, llegamos á la hacienda de la Quemada; desde Dolores mandó un correo el Sr. Cura con un pliego para el Sr. Conde del Jaral, invitándolo y comunicándole la disposicion que tenia de atacar á Calleja donde lo encontrara: el Sr. Cura, en confianza de que eran intimos amigos, adelantó la comunicacion á este Sr., y por tal motivo, se confió de tener un buen resultado, esperando su adhesion á la empresa; pero fué lo contrario como despues diré.

“La noche que estábamos durmiendo en la Quemada, como á la media noche llegó el correo del Jaral, con la contestacion del Conde, en la cual manifestaba



su adhesión al Sr. Cura, ofreciéndole que corría de su cuenta persuadir á Calleja que no interrumpiera un negocio tan importante y justo, como era el que se había emprendido: todo esto le ofreció con la mayor formalidad, pero aparente, porque tan luego como Calleja llegó al Jaral se unió á él y lo protegió con dinero para los gastos de la guerra, animándolo para que persiguiera al Sr. Cura y se fué en su compañía: este Sr. Conde fué el primero que traicionó á nuestra Nación en el principio de la revolución. Confiado el Sr. Cura en la promesa del Conde, al siguiente día mandó que contramarcháramos para Guanajuato ejecutando la disposición que le indicó el Conde diciéndole que se retirara sin cuidado, que por aquel punto corría la empresa por su cuenta, porque contaba con él como fiel amigo; de esta manera logró el Conde que nos retiráramos para Guanajuato y dejar libre el camino para el paso de Calleja.

“Al contramarchar mandó el Sr. Cura que se dividiera la fuerza, marchando una parte por Calvillo y la otra nos volvimos por Dolores. Como venían muchos señores particulares de Guanajuato con el Sr. Cura, al pasar por el Puerto del Gallinero dijeron al Sr. Cura que allí estaba bueno para abrir unos barrenos en las peñas, que cargados con pólvora buena, los harían disparar por medio de mechas ocultas, para que en caso de que Calleja no condescendiera con el Conde y pasara por dicho punto, disparando los barrenos se le mataría mucha gente. Se puso en obra esta disposición y se nombró una comisión para que cuidara y quemara dichos barrenos cuyos agujeros hasta hoy existen.

“Llegamos á Dolores y al siguiente día salimos para Guanajuato, en donde por espacio de cuatro ó cinco días se ocuparon los señores Generales de reponer las autoridades y recoger los caballos que tenían los españoles en las haciendas de plata, y con los que se recogieron y las monturas que estaban en el cuartel de San Pedro, se aderezó una caballería, para avanzar hácia Morelia; pues en nuestro regreso de la Quemada en-

contramos un correo de Guanajuato, con la noticia de que los españoles se estaban afortinando y haciendo preparativos para esperarnos de guerra en aquella ciudad.

“Ya repuestas las autoridades, montado y uniformado el escuadrón, repuesto el parque gastado en Granaditas, recogido el dinero de todas las oficinas reales é igualmente de los capitales españoles, emprendimos la marcha para Morelia, y en todos los puntos que íbamos tocando éramos recibidos con mucho entusiasmo, y de cada uno se reunía mucha gente. Pasamos por Irapuato, Salamanca, Valle de Santiago, Salvatierra, Acámbaro, Zinapécuaro, Indaparapéo y Villa de Charo. Con la gente que de todos estos lugares se reunió se hizo un ejército formidable y se aumentó abundantemente el tesoro, parque, armas etc. y no había necesidad en la tropa, dándoseles á todos sueldo no solo para un día, sino para tres ó cuatro, á razón de cuatro reales los infantes y peso los de caballería.

“Al llegar á la garita del Zapote, encontramos la preparacion que tenían los españoles para esperarnos: entramos por fin á Morelia sin resistencia ni oposición, siendo recibidos con el mismo entusiasmo que en las demás partes, saliendo á recibirnos hasta las mugeres, quienes unían sus vítores con los del pueblo que era mucho. Encontramos cuatro piezas de artillería de mediano calibre, bien montadas y equipadas.

“Estas piezas las hicieron los españoles con la campana de un esquilon que había en la Catedral: cuando allí estuvimos, vi la madera de la cabeza, era muy grande. Descansamos tres ó cuatro días en la ciudad, y en este tiempo se ocuparon los señores de poner nuevas autoridades: salimos luego para Toluca volviendo por el mismo camino que llevamos para Valladolid, hasta tomar el camino de aquella ciudad. Era el objeto seguir á los españoles que tomaron aquel rumbo para México, con los cuales se fué el Sr. Obispo con todo el colegio apostólico.

“En San Felipe del Obraje nos alcanzaron las piezas

de artillería hechas en Guanajuato: iban éstas montadas en las ruedas de los coches de los españoles; trayendo los conductores de las piezas, la noticia que Calleja ya había pasado por Dolores y que en su compañía venía contra nosotros el Conde del Jaral. Se habilitaron de artilleros las piezas, con los hombres que parecieron más á propósito para esta maniobra. Continuamos la marcha hasta Toluca sin novedad, siendo recibidos perfectamente en los puntos que tocábamos, y poniéndose todos á las órdenes del Sr. Cura y reuniéndose muchos voluntarios. En Toluca estuvimos dos días y al tercero continuamos la marcha, haciendo jornada hasta Santiago Tianguistengo, en donde encontramos un inglés que se presentó al Sr. Cura, confesándole que estaba allí para hacer cañones por disposición de unos españoles que se habían retirado para México: que él sabía hacerlos, así como su manejo, y que se ponía á las órdenes del Sr. Cura para este desempeño. El Sr. Cura aceptó la oferta y lo nombró ingeniero mayor de artillería bajo juramento hecho de ser fiel á la causa de la Independencia.

“Salimos de este lugar al siguiente día: no habíamos tenido noticia de las fuerzas españolas, hasta que como á las ocho de la mañana volvieron los exploradores con la novedad de que se habían encontrado con una avanzada enemiga y se habían tiroteado; y que el grueso de la fuerza esperaba en el Puerto de las Cruces. Dos heridos y un prisionero, que trajeron nuestros exploradores, probaron ser cierto el aviso; informando al Sr. Cura de la disposición de su General Trujillo, el número de la fuerza que tenía, que contaba solo con dos cañones y que nuestra fuerza era mil veces superior á la del enemigo. Enterado de todo el Sr. Cura, indultó al cautivo y este se unió á nosotros. Luego se mandó hacer alto y se reunieron con la artillería todos los que portaban armas de fuego, ordenándose que caminaran á la vanguardia, luego los de honda y arma blanca y al fin el cargamento, resguardado con bastante gente. Como á las diez del día se descubrió el

enemigo que había tomado colocacion en la cima de la sierra, donde estaba una fábrica de aguardiente; mientras llegamos á aquel punto, fuimos molestados por las guerrillas enemigas que nos hacian fuego entre la arboleda, á las cuales rechazábamos con nuestras armas, señalándose particularmente los guanajuatenses: caminamos hasta frente al enemigo, dispuestos para la batalla en tres porciones: al centro artillería, y á los costados caballería é infantería. Se rompió el combate que fué muy reñido, durando lo más del día, hasta triunfar nuestra parte á costa de mucha sangre, principalmente de los indígenas que morian por su poca inteligencia; pues agrupándose como ovejas, las balas hacian en ellas unos estragos terribles. El enemigo corrió como á las cinco de la tarde dejando en el campo los dos cañones, armas, muchos muertos, un carro de parque y un corto número de prisioneros que se tomaron en el alcance.

“Al concluir la guerra, se dió orden para que el ejército continuara su marcha hasta llegar á la Venta ó Hacienda de Cuajimalpa, á donde llegamos como á las ocho de la noche: ántes de llegar se dispararon tres cañonazos para ver si había enemigo en dicho punto; satisfechos de que estaba solo, llegamos, disponiéndose que se colocara la artillería en orden de batalla con el rumbo de México: acabó de llegar el ejército como á las dos de la mañana. Luego que amaneció se dispuso una comision, compuesta de los señores que al Sr. Cura le parecieron más á propósito, en la que iban Don Mariano Abasolo, el Padre Don Mariano Balleza y otros señores que no conocí por no ser de Dolores. Esta comision fué conducida para México con el título de embajadores en uno de los mejores carruajes, en el cual se puso una bandera blanca; y fué custodiada esta comitiva por una escolta de cincuenta hombres.

“Allí se pasó revista de armas y de gente, y se mandó una fuerza que fuera á levantar el campo, operacion que no se hizo por la hora tan avanzada. Volvió en la tarde la comision, diciendo á los señores Gene-

rales que habian sido desairados, esperándonos de guerra, para la que tenian preparacion. Se dispuso que avanzáramos sobre México, y al siguiente dia se alistó el ejército; pero como á las once del dia hubo contra-orden y volvimos por el mismo camino del Puerto de las Cruces, hasta tomar el rumbo de Querétaro: este retroceso vino del cálculo que hicieron los señores Generales de que aquella ciudad debía estar débil de fuerza, y que siéndo fácil tomarla, continuarian en seguida para México por aquel camino. Hicimos jornada hasta la ciudad de Lerma, dia de Todos Santos: al dia siguiente hasta Ixtlahuaca, quedándonos el otro en campo raso porque no encontramos punto habitado.

“Era intencion de los Generales caer á Arroyo Zarco; pero no se verificó, porque el dia que salimos del punto despoblado, como á las dos de la tarde, llegaron lo exploradores con la noticia de que Calleja estaba en dicho punto con una fuerza grande. Hizo alto el ejército y el Sr. Cura preguntó qué poblacion se encontraba por allí; y contestándosele que San Gerónimo Aculco (pueblo pequeño que estaba á nuestra izquierda, situado en medio de dos lomas); nos dirigimos á él, llegando ya puesto el sol.

“Al siguiente dia se volvió á pasar revista, dándose orden para que alistáramos las armas, y se resolvió esperar á Calleja, por estar propio el punto para la carga y por tener el pueblo de auxilio. Este mismo dia como á la una de la tarde, que estaban comiendo los señores Generales, llegó la avanzada del rumbo del Norte, avisando que el enemigo se nos aproximaba. Se dió orden de salir á encontrar á Calleja y atarcarlo. Volvió la avanzada á observar los movimientos del enemigo, tornando á poco á decir que la extrema avanzada supo por dicho de los caminantes, que andaba allí una guerrilla contraria, que dijo á los vivientes de aquellos puntos que al siguiente dia se moverían sobre nosotros. Con esta noticia el ejército se encuarteló en el pueblo, y se convino en presentar batalla sobre la loma que está al Norte del pueblo; dejándo la del Sur al enemigo.

“Se dió orden para que se limpiara el terreno quitando las piedras que estorbaban el movimiento de nuestras piezas. La maniobra se ejecutó luego, porque como era mucha gente, en un momento se cumplia lo mandado. Terminada la operacion, se dió orden para que subiera el ejército á tomar colocacion en la cima de la loma; disponiéndose el plan de guerra de la manera siguiente: al frente del enemigo formaron en batalla los fusileros y la artillería; á la espalda de esta línea, los infantes de arma blanca y los indigenas de honda y garrote, puestos á distancia que no les ofendieran las balas contrarias, lo cual no se consiguió, por que como todos teniamos mucho entusiasmo en tomar parte en el combate y deseábamos triunfar, cuando el enemigo se presentó, comenzó en nuestra gente indigena un desorden indecible.

“El tesoro, cargamento de pólvora y equipajes de los Generales, lo situaron al pié de una loma que estaba algo retirada de la guerra, con una fuerza respetable para su resguardo.

“Como á las ocho del dia siguiente se presentó el enemigo en tres grupos, cubriendo el centro uno, y los otros dos ambos costados. Avanzaron con mucho orden hasta ponerse á tiro de cañon: tomada su colocacion, formaron en batalla y rompieron el fuego con sus piezas, siendo contestado por las nuestras.

“Impulsado yo por el deseo de ayudar á mis compatriotas para hacer la Independencia de mi Patria, y fiado en la bondad de mi caballo, me desmembré de mis compañeros del cargamento y nos incorporamos con la fuerza batiente, y ví á nuestro inglés ingeniero que no omitía sacrificio en el desempeño de su cometido dirigiendo la puntería de cada cañon, que bastante estrago causaba al enemigo; pero como los artilleros de Calleja tenian más instruccion y por sí mismos dirigian sus tiros, nos hacian mayores destrosos; y como en aquel punto no habia objeto alguno donde escapar de las balas, se veian claramente sus operaciones dando motivo á desorden tan grande, que no pudieron

contenerlo los Generales ni los oficiales. El enemigo, que observaba tal desorden, cerraba el fuego con más actividad, y sus tiros causaban mayor destruccion.

“Fué tal el terror que causó el estrago de las balas enemigas que no se pensó más que en la fuga, corriendo nuestra gente con rumbo al Poniente, para ocultarse en una pequeña sierra que allí había. Se abandonaron las piezas y el campo, porque por ambos lados nos venia flanqueando el enemigo.

“Triunfó Calleja, haciéndose dueño de armas, parque, dinero y de cuanto era de nosotros.

“Yo iba muy inmediato al Sr. Cura; pero al llegar á la sierra, tomamos cada uno por donde mejor nos pareció, dando motivo para perdernos de su vista y de la compañía, al dirijirnos por distintos puntos. Con el susto de la guerra, el mal día que pasé y lo estropeado del camino, me enfermé de una fiebre furiosa, que me tuvo en cama un mes en el pueblo de Acámbaro, donde fuí curado por orden del Sr. Don Antonio Larrondo, que fué quien representó la autoridad, puesto por el Sr. Cura, cuando pasamos para Morelia. Una vez aliviado, me resolví á venir á mi tierra á ver á mi familia, con mucho sentimiento por haberme separado del Sr. Cura y compañeros. Púse en obra mi resolucion, di las gracias al Sr. Larrondo y me despedí, agradeciendo aún á dicho señor el regalo que me hizo de dos pesos.

“Llegué á mi casa, pregunté por las señoras Hidalgo, hermanas del Sr. Cura, y me dijeron que al entrar la tropa de Calleja se salieron de Dolores para el rancho de las Piedras, temerosas de sufrir una tropelia, y que la casa del Sr. Cura y la de la alfarería, las convirtieron en cuarteles.

“Fuí á visitar dichos puntos, encontrándome en ellos todo en desorden, las puertas abiertas, sin llaves, los muebles destruidos y las piezas sucias. No pude ménos que derramar lágrimas al ver el maltratamiento de aquella habitacion, en que se me aglomeraban los recuerdos, en especial los del 15 y 16 de Septiembre,

que nos reunimos en tan respetable casa para dar la voz de Independencia y Libertad.

“Lo mismo me sucedió al entrar en la alfarería y en la sedería, en donde encontré todos los útiles y herramientas quebradas, todo destrozado. En el obrador de rueda, encontré entre la quebrazon que dejaron los soldados de Calleja, dos moldes de madera de mezquite, que servían para hacer platonos de barro, uno redondo y otro ovalado, que fueron discurridos por el Sr. Cura; los recogí y los he conservado hasta ahora que los entregué al Sr. Don Angel Larrea como miembro del Ayuntamiento, para que se unan á la parte de muebles que existen en la pieza que sirvió de asistencia á nuestro libertador, el Inmortal Don Miguel Hidalgo y Costilla.

“Me resolví á ir al rancho de las Piedras á visitar á las señoras Hidalgo, y las acompañé hasta que el Sr. Don José María su hermano, mandó llevarlas á la hacienda de Corralejo. Lo escaso de recursos, lo estropeado que quedé de mi enfermedad, los caminos invadidos por tropas españolas y la distancia que habia que caminar hasta donde andaba el Sr. Cura, me hicieron desistir del propósito que tuve de acompañarlo nuevamente.

“A poco tiempo mis compañeros de alfarería y yo, comenzamos á ser perseguidos porque éramos de los artesanos del Sr. Cura que paulatinamente habiamos venido apareciendo, y como la persecucion era tenaz, anduvimos fugitivos, sin hogar ni domicilio, hasta el año de 1822 que se juró la Independencia y que quedó todo en paz; volviendo á nuestras casas, sin quien hiciera mencion de los que cooperamos á la grande obra de nuestra Independencia, sin título ni premio.

“Esta es mi cronológica narracion hecha en el último periodo de mi vida, á los 84 años de mi edad; con lo que llena el deseo del Sr. General, Jefe político de esta ciudad, Ignacio O. Echeverria, este su atento servidor.—Por la inutilidad de mi padre, firmo yo,—*Luis G. Sotelo.*”(1).

“Lista nominal de los individuos que se reunieron la noche del 15 de Septiembre de 1810, para dar el grito de Independencia en la casa del Inmortal Hidalgo, alfareros, sederos y vecinos conocidos del lugar:

ALFAREROS:

“Pedro José Sotelo, Francisco Barreto, Juan de Anaya, Ignacio Sotelo, Isidoro Cerna, José M. Perales, Atilano Guerra, Manuel Morales, José M. Pichín y Jesus Galvan.

SEDEROS:

“Antonio Hurtado de Mendoza, Pantaleon de Anaya, Brígido Gonzalez y Vicente Castañon.

VECINOS CONOCIDOS:

“Juan Quintana, Francisco Moctezuma, Nicolás, Miguel y Francisco Avilés, Julian, Tiburcio y Antonio Games.

“Los hermanos Games, los últimos de la lista, eran coheteros; presentaron al Sr. Cura una poca de pólvora que tenían, y les agradeció mucho el regalo.”

*
* *

En la página 7 de estos apuntes, hemos empezado á

(1) “El suscrito Alcalde primero popular, actuando con testigos de asistencia á falta de Escribano, Certifico: que el C. Pedro José Sotelo, Conserje de la casa del Generalísimo Don Miguel Hidalgo, ha ratificado ante mí el contenido íntegro del presente cuadernillo, prévia lectura que se le dió, y el cual se compone de 19 fs. útiles. En cuya comprobacion, y á su pedimento, extiendo y firmo esta certificacion en la ciudad de Dolores Hidalgo, á primero de Agosto de mil ochocientos setenta y cuatro.—Doy fé.—Antonio García.—A. Salomé García.—A. Jesus Arredondo.—(Rubricados.)”

rectificar los errores en que incurrió el Sr. Sotelo, motivo por que nos resolvimos á insertar íntegra su relacion, así como por verla citada como testimonio de *cómo se proclamó la Independencia de México*, en la página 103 de “*México á través de los siglos*,” seguramente la mejor obra de nuestra historia. Y como no son solo esos los que se deben contradecir, porque aquí en Dolores no tuvieron verificativo como se asienta, nos vemos obligados á traer los otros ordenadamente, ya que las cosas concernientes á la historia se deben escribir, *no como debian ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna.* (1). Será para nuestra incapacidad tarea bien difícil; pero la emprendemos, porque si nuestro juicio es tambien el más humilde, obligacion tenemos de procurar que, en lo posible, las cosas quedan en su verdadero lugar.

El Sr. Sotelo, relatando hechos en que tomó participo como doméstico, como artesano y como soldado del Señor Hidalgo, es sin disputa un seguro cronista; más, cuando agrega á su dicho explicaciones y descripciones de aquello que pasó por sus sentidos en circunstancias determinadas, estando en su carácter; pero por desgracia, el Sr. Sotelo quiso fiarse de su propio criterio para comentar ó hacer apreciaciones increíbles en un simple asalariado de la casa del Sr. Hidalgo, á quien no debió tenerse tanta confianza, que lo pusiera en aptitud hasta de saber lo que los caudillos pensaban, entendiendo los planes y los efectos que estos debian causar, una vez ejecutados. De la misma manera el Sr. Sotelo no pudo tener conocimiento de las personas que visitaban al Sr. Hidalgo, ni de las horas en que llegaban de otras poblaciones, ó en que, con las del lugar, celebraba sus conferencias, con todo y ser uno de los alfareros comprometidos para solo el levantamiento y uno de los mozos de la casa

(1) La filosofía de la Nueva España, por el Dr. Don Agustín Rivera, pág. 18

que en su calidad de tal, bien pudo una ó más ocasiones ver entrar y salir á diversas personas que fueran á tratar del asunto de la insurreccion, desconocidas para él, sin que pudiera enterarse de sus conversaciones, como aconteció con la estancia en la casa, de Fray Gregorio de la Concepcion (Don Gregorio Meleiro y Piña, de San Luis Potosí). “Este mismo dia 23 de Julio del año de 8, dice Fray Gregorio de la Concepcion, llegué al pueblo de Dolores (de paso para San Luis Potosí) y llegando á dicho pueblo fui al curato, preguntándole al mismo Sr. Cura si estaba ahí el Sr. Cura, me dijo que él *era* y sin bajar del coche le entregué la carta (de Allende), y como pensaba que yo era *gachupin* me recibió de mala data, pero luego que la leyó me hizo bajar del coche con cariño y hizo á los cocheros que me metiesen mi equipaje á su recámara, y me metió á su sala, y despues de haberme dado un trago de vino y bizcochos me llevó á ver todas las curiosidades que tenía en ella, y en el cuarto adonde tenía sus animales de seda, me dijo por menor de toda su combinacion que tenía hecha con solo cinco señores; yo en el instante convine en todo, y me aseguró que yo era el sexto; y como á las dos horas poco más que yo habia llegado, entraron á decir al Sr. Cura que allí estaban los señores Allende, Aldama, Arias y Abasolo, y mandó decir dicho Sr. Cura que entraran; luego que nos vimos nos abrazamos tiernamente y nos fuimos debajo de un árbol y allí nos presentó el Sr. Hidalgo *el plan que tenía hecho*, y todos convenimos en él, y aunque el Sr. Allende le hizo algunas reflexas, y yo lo mismo, no en cuanto á lo sustancial, pero quedamos unánimes y decididos á padecer la misma suerte, con tal de libertar de los opresores á nuestra Patria.

“Dos dias estuve allí con tan amable compañía, tratándome todos con el mayor aprecio, de manera que me avergonzaba ver el trato que me daban, y á los dos dias me fui á San Luis lleno de mayores amarguras por nuestra separacion y del mayor júbilo por la confianza que tenían de comunicarme cosa de tanta entidad,

y solo iba yo pensando por el camino en *el año de diez y en el dia de San Miguel.*” (1).

Por otra parte, escribiendo el Sr. Sotelo á los 84 años de edad, ¿no es de sospechar fundadamente, que su decrepitud le ayudara poco á su memoria? El mismo autor de la relacion dice de una junta que hubo á puerta cerrada en la casa del Héroe, con personas de carácter sério, pero agradable, que llegaron por el rumbo de San Diego, á quienes vinieron á esperar los capitanes Allende y Aldama, de San Miguel el Grande; ¿no es probable que estos señores vinieran de San Luis Potosí, porque es el camino más directo y el que antiguamente era preferido, pasando por San Diego y Santa Maria del Rio.....?

No es cierto lo que dice el Sr. Sotelo, que á las 10 de la noche del dia 15 llegaron á la casa del Sr. Hidalgo el capitan Allende y compañeros, ni que esperaron en la esquina de los Olivos á que aquel Sr. se desocupara con las visitas que tenía. (2). Tampoco lo es, que con semblante sério y agitado comunicaran á Hidalgo que el negocio estaba para fracasar y que desde aquel momento, *entre 10 y 11 de la noche*, se empezaran los pasos para el levantamiento, porque ni habia hasta entonces de fuera de la poblacion más que Allende y su asistente, ni éste estaba á esa hora sino en la casa del Sr. Hidalgo.

Don José M. de Licéaga en sus “Adiciones y rectificaciones á la historia de México que escribió Don Lucas Alaman,” entra en multitud de consideraciones á este respecto, para asentar en las páginas 44 y siguientes que Allende y Aldama se dirigieron juntos á Dolores, y que Allende es el único á quien como iniciador de la conjuracion, se le debe la proclamacion de la Independencia. ¿No será esta creencia del Sr. Licéaga tan peregrina, por no decir sospechosa, como la de Alaman

(1) Pág. 92 de “México á través de los Siglos.”
(2) Declaracion de Hidalgo.

cuando en su Historia de México, parte 2ª, libro 1º, capítulo 9º, declara que: "Iturbide vió en poco tiempo coronados sus esfuerzos, siendo él á quien se le debió la emancipacion de México; y que ninguna parte tuvo en ella la antigua insurreccion.....?"

Sigue Sotelo refiriendo que el Sr. Cura ordenó al mozo que hablara á los serenos, para que violentamente fueran á llamar á los sederos y alfareros, á efecto de que armándose, se procediera á la determinacion que ya tenía tomada.

Por lo que hace á que en aquel tiempo existieran los serenos, somos partidarios de la opinion del Sr. Lic. Licéaga, porque, en efecto, no había celadores de la seguridad nocturna, ni eran conocidos con ese nombre. (1) Posible es que existieran los dos empleados que se mencionan, pero probablemente con los nombres de *fiscal y ministro de vara* funcionarios muy respetados y temidos, pues ejercian las atribuciones de

(1.) En ninguna de las poblaciones de lo que se ha llamado Departamento ó Estado, y entonces Provincia, había serenos en el año de ochocientos diez: y si en Guanajuato no se establecieron hasta el veintinueve, mucho ménos los podría haber en un lugar tan pequeño é insignificante que no tenía ni el nombre de pueblo, sino el de Congregacion de labradores, sin más autoridades que un Subdelegado y un Capitan, y en que los vecinos principales eran tan quietos, metódicos y pacíficos, y la plebe tan sumisa y subordinada, que entretenida todo el día en el trabajo del campo, ya estaba recojida en las primeras horas de la noche, por lo que no era necesario que hubiera gente ocupada en la vigilancia, ni fondo formado para costearla. En una palabra, no había ni un solo sereno; y no habiéndolo, se percibe desde luego que es una mera fábula lo que por vía de diversion se cuenta en el referido tomo del Museo.—JOSE MARÍA DE LICÉAGA. *Adiciones y rectificaciones á la Historia de Don Lucas Alamán.* Página 51.

El cabo de la compañía del Regimiento de la Reina, Don Luis Antonio Portillo, cita también á los mismos como serenos, en la lista original que está en nuestra coleccion de documentos auténticos.

los gendarmes de la policia actual, que no faltaban ni faltan todavía en los pueblos más pequeños.

El Sr. Lic. Eusebio Ortega, en un discurso que pronunció en la puerta principal de la Parroquia de esta ciudad, donde el Sr. Hidalgo improvisara el gran ejército, dijo: "Hasta aquí el mismo Hidalgo (refiriéndose á la 3ª contestacion que dió en su causa), habrá divergencia, como es natural en lo humano, en los detalles de los hechos y en los momentos precisos de su acaecimiento; pero todas las historias, todas las leyendas, todas las tradiciones, están de acuerdo en que después de los sucesos de la noche del 15, en que un grupo de valientes daba principio á la ejecucion del gran proyecto de aquel humilde Cura; éste mandó tocar á misa más temprano que de ordinario y reunidos sus feligreses, aquí, en este sagrado recinto, les infundió con elocuente palabra sus propias ideas de independender á la Patria de la dominacion que le impusieran los soldados de Carlos V. Aquel toque á misa, no fué más que el toque á rebato. De cada creyente hizo un patriota: de cada fiel hizo un soldado. Aquellos feligreses que creían venir á conmemorar el santo sacrificio del Mártir del Calvario, vinieron á ser los oficiantes del santo sacrificio de aquellos héroes." (1)

El Sr. Hidalgo no hizo nombramiento alguno para sustituir al Subdelegado, no siendo exacto, por lo mismo, que se encargara al español Don José Ramon Montemayor el desempeño del mando político. Este Sr. sustituyó á Don Nicolás Fernandez del Rincon; pero hasta que á la entrada de Calleja fué nombrado por este General; habiendo escapado de ser aprehendido y llevado preso á San Miguel, juntamente con los otros 19 de sus nacionales, porque sintiendo el rumor que hubo en la calle, pudo salir de su casa, que era la que forma contra-esquina de la de Abasolo y esquina de

(1) "El Pabellon Español," número 809, correspondiente al 30 de Septiembre de 1887.